
El índice del miedo

Robert Harris

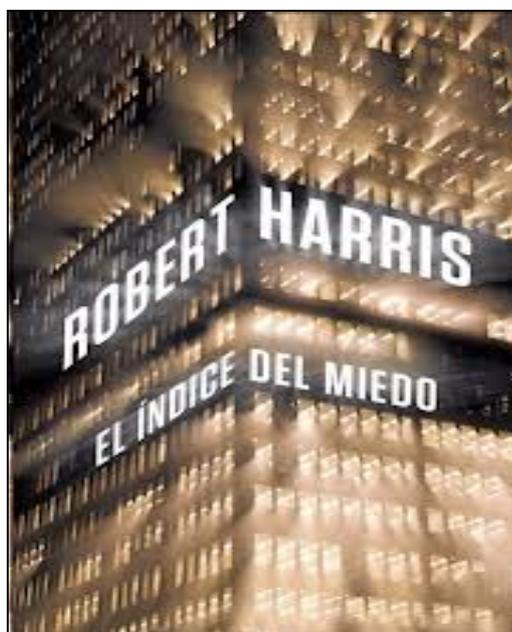
Grijalbo, Barcelona, 2012, 334 páginas

José M. Domínguez Martínez

Si hay algo que ha escapado a los efectos devastadores de la crisis económica que desde hace años azota una buena parte de las economías desarrolladas, es la producción editorial de obras relacionadas con la crisis financiera internacional. La proliferación de estudios, artículos, ensayos, admoniciones, explicaciones, recetarios, testimonios y análisis de todo tipo ha seguido tal ritmo que resulta verdaderamente imposible, no ya asimilarlos, sino simplemente pretender dar cuenta de un repertorio tan amplio, diversificado y heterogéneo. Como no podía ser de otra manera, la ola de la crisis financiera también ha irrumpido en el terreno de la literatura de ficción, aunque uno no puede estar completamente seguro, a tenor de algunos episodios observados, antes y después de desencadenarse el torbellino, de si es necesario recurrir a la ficción para emular una realidad a la que, más que en otras ocasiones, aquella tiene dificultades para superar.

No obstante, la entrada en escena de un autor de la talla y del éxito de Robert Harris, al que en su día tomamos como referencia para reflexionar, en un breve artículo¹, en torno a la calidad de los *best sellers*, constituye a todas luces un gran aliciente para los amantes de *thrillers* literarios que deseen incorporar el ingrediente de los entresijos de los intrincados mercados financieros. La conjunción de todos los elementos antedichos, a los que se añade un título escalofriante, hacen despertar las mejores expectativas cuando uno se dispone a sumergirse en la lectura de "*El índice del miedo*". Para quien suscribe estas líneas, el hallazgo de la última obra de Harris representaba una irresistible tentación para abandonar otra lectura en curso, la de una novela de un afamado escritor global, a quien, pese a sus extraordinarios registros de ventas, sigue considerando algo falto de tensión narrativa. La disyuntiva no era así demasiado complicada, lo que sí

sucedió ante la publicación de una nueva entrega de John Connolly, que ha alcanzado altas cotas de popularidad precisamente haciendo alarde de una tensión casi ininterrumpida, aderezada con excesivos aportes sobrenaturales, en el desarrollo de las historias protagonizadas por el detective con el mismo nombre que un icono del jazz.



El comienzo de la obra de Harris no puede ser más intrigante. Alexander Hoffman, un magnate financiero, físico de profesión, presidente de una exitosa compañía de inversiones radicada en Ginebra (ciudad a la que, en la entrevista más abajo mencionada, Harris califica como «paraíso fiscal»), recibe anónimamente un ejemplar de la primera edición de una obra de Darwin, «*La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*». Tras sucesivos descartes e indagaciones, las evidencias apuntan a que fue a través de su propia dirección de correo electrónico cómo se hizo el pedido a una librería holandesa. A partir de ahí arrancará una secuencia imparable de sobresaltos para el genial inventor de un algoritmo capaz de extraer y aprovechar óptimamente la información de los mercados financieros, y adoptar, de la manera más aséptica posible y con un completo

¹ «Robert Harris y la calidad del 'best seller'», en *Caleidoscopio en blanco y negro*, Manca Editorial, Málaga, 2010, págs. 348-350.

distanciamiento de las repercusiones para otros operadores, las decisiones más acertadas y rentables. Pero eso será sólo el preámbulo de mayores acontecimientos, como el ataque que sufre por un asaltante desconocido, que al parecer ha accedido a su inexpugnable mansión con conocimiento de los códigos del sistema de seguridad.

La revisión médica de las lesiones causadas, la investigación policial y otros hechos inexplicables en su entorno familiar se convierten en un obstáculo para la adecuada atención de un selecto grupo de potentes inversores internacionales dispuestos a confiar ingentes sumas de dinero al fondo de inversión de la compañía, en la que abundan los *quants*, los analistas cuantitativos dedicados al mundo de las finanzas procedentes del campo de la física teórica. Harris, quien, según reconoce, ha recibido cualificados asesoramientos, reproduce el frenético mundo de los *traders*, pendientes de cuanto acontece en las pantallas de los terminales de información financiera mundial; también, ilustra cómo se desarrollan reuniones del máximo nivel para adoptar decisiones cruciales ante desarrollos no previstos en las operaciones dictadas por la inteligencia programada que ponen en entredicho la posición de solvencia y liquidez de la corporación. Desde los sucesos descritos, el CEO y auténtico cerebro de esta se ve sometido a unos condicionantes extremos que le impiden centrarse en la conducción de la gestión empresarial. Pese a la compleja situación creada y al estallido de perturbaciones en los mercados, el algoritmo se muestra imbatible y, aun a costa de destrozar la cotización de los valores seleccionados, no deja de engordar la cuenta de resultados.

La crisis se abre también en el frente familiar, cuando la mujer de Hoffmann, artista experimental en el uso de nuevas técnicas de reproducción, intuye que ha sido él, a pesar de negarlo, quien se ha encargado de adquirir la totalidad de los cuadros integrantes de su exposición el mismo día de la inauguración. Circunstancialmente, un antiguo colega del físico le menciona algunas circunstancias confusas que le llevaron a abandonar su puesto en el CERN, donde participaba en un avanzado proyecto de investigación.

La narración acelera su ritmo y su intensidad cuando Hoffman se lanza en persecución del hombre que le atacó en su residencia, dejando atrás los elegantes bulevares de la ciudad suiza, para adentrarse en zonas marginales y en sórdidos hoteles, siguiendo la senda marcada en los mensajes que recibe en su teléfono móvil. Todas las piezas están ya en movimiento y, al igual que una burbuja financiera, no hay fuerzas capaces de

frenarlas, hasta que se produce el inevitable estallido final.

Entretanto, los lectores tienen la oportunidad de toparse con la compleja jerga de los mercados financieros y de percibir cómo se gestan las crisis, en paralelo con la trama de la intriga. La obra de Harris combina ambos componentes, pero también, de forma destacada, la vertiente psicológica, tomando como eje numerosas citas, al inicio de cada capítulo, de la mencionada obra del autor de «*El origen de las especies*». Es quizás ahí, en la exposición de las reacciones humanas ante lo desconocido, en la reflexión acerca de las raíces del miedo, que puede jugar un papel tan determinante en la evolución de los mercados financieros, donde se cimenta uno de los puntos fuertes de la novela de Harris, que, pese a los avales literarios que le preceden, no cumple con las expectativas que, precisamente por tales antecedentes, surgen legítimamente. De manera especial, el texto constituye una oportunidad perdida para haber hecho una más atinada labor de pedagogía financiera, poniendo al alcance de un lector generalista una explicación más divulgativa del funcionamiento de los mercados, lo que, en algunos pasajes, sólo queda reservado para los especialistas. Bastante más aleccionador resulta en este sentido el texto de la entrevista al autor («*Detrás del índice del miedo*»), editada como un opúsculo y distribuida junto con el libro objeto de esta reseña.

Por su parte, la intriga, aunque interesante, presenta notables debilidades, al dejar al lector huérfano de una exégesis exenta de cabos sueltos. Igualmente, las inquietantes alusiones a la autonomía de la inteligencia artificial merecerían tal vez un enfoque algo más pausado. En fin, el libro concita un conjunto de elementos sumamente prometedores, como el misterio, la génesis del miedo, la operatoria de los mercados financieros, las vías de enriquecimiento fácil, la codicia inversora, el desdoblamiento y los trastornos de la personalidad, los riesgos de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, la utilización de nuevas técnicas artísticas, las dificultades del gobierno corporativo, la psicología de los inversores, o las ventajas y los inconvenientes de la inteligencia artificial.

No puede decirse, en modo alguno, que se trate de una obra fallida, pero tal vez sí un tanto ineficiente, en el sentido de que no se han aprovechado plenamente todos los recursos disponibles, máxime cuando el mezclador está dotado de unas habilidades constatadas y reconocidas. Ciertamente, no estamos ante una obra rayana en la frontera de la eficiencia, que podía haber quedado más cerca a tenor de los mimbres existentes. Pero ello no significa, en absoluto, que no sea eficaz en la

transmisión de la precariedad de los equilibrios en los que se sustentan las operaciones financieras impulsadas por un exclusivo afán lucrativo, como tampoco en su advertencia de los riesgos inherentes a los desarrollos de la inteligencia artificial. El sello de Robert Harris sigue siendo, al fin y al cabo, un sello solvente, especialmente ante un panorama editorial desbocado donde da verdaderamente miedo involucrarse sin contar con unos avales mínimos.

